

# Rainer Maria Rilke: poemas franceses

TAL VEZ PUEDA parecerle al virtual lector de esta sección un despropósito el encontrar aquí el nombre de Rainer Maria Rilke (1875-1926), cuya lengua materna —en la que escribió sus poemas capitales— era el alemán. Lo será menos y se sorprenderá quizá al enterarse de que nuestro poeta escribió, en la lengua de Hugo y Valéry, casi cuatrocientos. No es un corpus menor. Rilke vivió en Francia durante distintos periodos de su vida: ya hacia 1905 lo encontramos en París, como un discreto secretario de Auguste Rodin, sobre quien redactó un luminoso ensayo. Muchas de sus cartas, parte fundamental de su legado, fueron escritas en francés; además, a lo largo de su vida, Rilke vertió a su lengua de origen a numerosos poetas franceses: Maurice de Guérin, Louise Labé y, entre otros, el ya citado Paul Valéry. Entre nosotros es bien conocida su secuencia de poemas titulada *Les roses*, en las traducciones de poetas tan notables como Tomás Segovia y Eduardo Lizalde. Un poco menos los son estos “Saltimbanquis” que junto con otros poemas en prosa ofrezco ahora. Sobre ellos, W.D. Snodgrass dice con acierto: “nos entregan la acostumbrada elegancia de Rilke, la gracia de su dicción y la generosidad de su invención”. Son también mucho más ligeros y lúdicos —ceranos a un ‘aire’ de música— que sus poemas alemanes. Como si en la lengua francesa Rilke hubiese podido establecer un contacto a la vez estrecho y delicado con la zona menos severa de su alma, tan cavilosa, tan huérfana siempre. En ellos se encuentra ya esbozada la frase que, un poco más adelante y en alemán, Rilke habría de escoger para su epitafio y que tiene como principal motivo precisamente a una rosa. Dedicó estas versiones a mi extrañado Guillermo Fernández, con quien hablaba de Rilke y de Francisco de Asís.



## Saltimbanquis

1

Nuestro camino no es más largo que el tuyo. Nosotros, con frecuencia, caemos también desde muy alto y nos rompemos. Pero esa falta de cuidado no nos hace subir nuevamente por la cuerda. A ti, el menor descuido puede matarte. Nuestras múltiples fallas divierten a la muerte, esa espectadora que ocupa el mejor lugar en el circo de nuestro infortunio.

2

Hagamos como ellos: no caigamos nunca sin morir. Qué aglomeración en torno a nuestra caída. Pero un niño, un poco aparte, mira la cuerda vacía y, detrás, la noche intacta.

3

La cuerda estaba tan alta que todo sucedió por encima de los reflectores. Súbitamente, ella estaba de regreso entre nosotros, enfundada en su trajecito color de rosa. Allá arriba había otra rosa que relataba a la noche inmensa el despropósito de su puro peligro en movimiento.

4

Qué perfección. Si sucediera en el alma, los santificaría. Y es en el alma, aunque sólo la tocan por azar, en los raros momentos de una imperceptible torpeza.

## La hora del té

Bebo de una taza en la que, al cobijo de cierta lengua desconocida, están inscritos signos, tal vez de bendición y felicidad; la sostengo en esta mano a su vez cubierta de líneas que no sabría explicar. ¿Coincidirán ambas escrituras? Y, ya que están a solas y secretas bajo la cúpula de mi mirada, ¿hablarán entre ellas a su manera y se reconciliarán estas dos escrituras milenarias que un gesto de bebedor aproxima?

## Capilla rústica

Escuchemos la calma de esta casa. Pero, allá arriba, en la capilla blanca, ¿de dónde viene este silencio creciente? ¿De todos aquellos que desde hace más de un siglo

entraron sólo por no quedarse afuera y al arrodillarse se asustaron con su propio ruido? ¿De las monedas que al caer en el receptáculo perdieron su voz y no harán más que un pequeño murmullo de grillo al ser recogidas? ¿O de la dulce ausencia de Santa Ana, patrona del santuario, que no se atreve a acercarse para no estropear la distancia pura que supone una llamada?

## Farfalletina

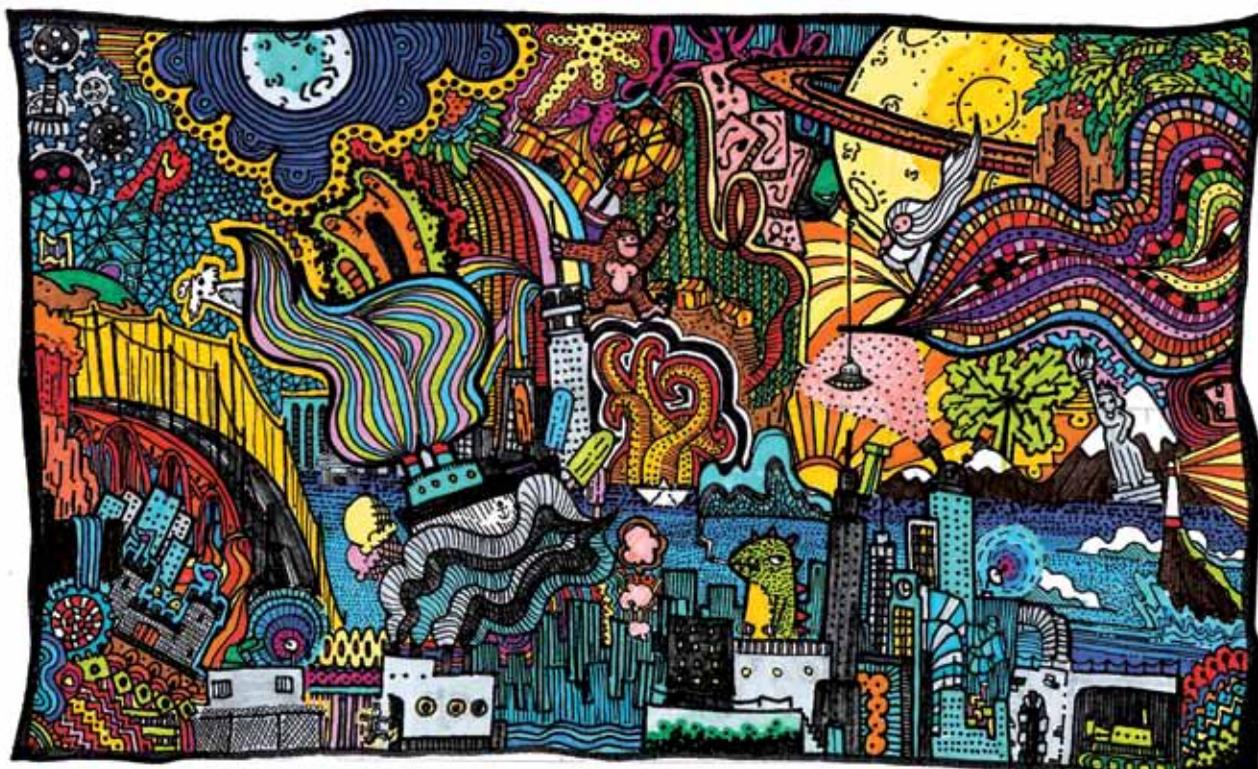
Estremecida, llega a la lámpara y su vértigo le da un postrer respiro confuso antes de arder. Ha caído en el verde mantel y en ese fondo propicio extiende por un instante (una duración tan suya que no sabríamos medir) el lujo de su inconcebible esplendor. Se diría una dama pequeñita que ha sufrido un contratiempo en su camino al Teatro. Nunca llegará. Y, además, ¿dónde está el Teatro para tan frágiles espectadores? Sus alas, donde se perciben minúsculos hilos de oro, se agitan como un doble abanico frente a ningún rostro; y, entre ellas, ese cuerpecito de juguete en el que han caído dos redondos ojos de esmeralda... Es en ti, querida mía, que Dios se ha consumido. Es él quien te arroja a la llama para reponer su fuerza. (Como un niño que rompe su alcancía.)

## El comedor de mandarinas

Qué previsión, esta liebre entre las frutas. Consideremos: en un solo ejemplar hay treinta y siete pequeñas semillas listas para caer en cualquier parte y esparcir su progenie. Hemos debido corregirla. Esta pequeña y tenaz Mandarina, que luce un vestido demasiado grande como si hubiese de crecer todavía, es capaz de poblar la tierra. Mal vestida, es verdad, su tarea consiste en la multiplicación y no en seguir la moda. Mostrémosle la granada en su armadura de cuero cordobés: ella estalla de futuro, se contiene, desdeña... Y permitiéndonos entrever su posible linaje, lo constriñe en una cuna carmesí. La tierra le parece demasiado evasiva para establecer con ella un pacto de abundancia.



Pequeñas dictaduras (2012). Bolígrafo: Luis Enrique Sepúlveda.



*Después de comer TRIX (2012). Estilógrafo y plumón: Luis Enrique Sepúlveda.*

## Paisaje

Bello paisaje, bordado de verdor, se extiende esta tarde como la hermosa tela que el mercader dispone para su valoración. Pequeña diosa que se oculta siempre bajo su manto de agua. Pájaros que pasan como un pensamiento. País de figura trágica, las sombras de las nubes se mezclan para formarlas. Pero la claridad verde de los pastos los acerca más al cielo que a la áspera montaña donde forman laderas entre la oscuridad de los pinos. Y en ese cielo, los lampos de un azul sublime y distante, un azul infinito. Hacia el oeste, tras las nubes, la puesta de un sol violento que parece romperse en su brusca partida. Y siempre, frente a mí, la pequeña diosa de agua que se deshace y renace tras su caída. La espuma de su pudor y la onda de su espalda innumerable. Sobre ella, la grisalla de un chopo y el espléndido gesto de un rosal silvestre que ha florecido durante mucho tiempo.

## Melón

¿Cómo haces, bello melón, para ser tan fresco por dentro luego de haber tomado todo este sol para madurar? Me recuerdas a la amante deliciosa cuyos labios eran una fuente, aun en el más intenso verano del amor.

# Melancolía mañanera

Todo parece estar seco y quemado en el comienzo de este día que, sin duda, habrá de ser gris y tórrido. Sólo las hojas muertas del verano, enrolladas sobre la tierra, han conservado el rocío.

## Cementerio

¿Habrá un gusto postrero de la vida en estas tumbas? Y las abejas, ¿encuentran en la boca de las flores el asomo de una palabra que se calla? Flores, prisioneras de nuestro instinto de felicidad, ¿acaso vuelven a nosotros con nuestros muertos en las venas? ¿Cómo podrían, flores, escapar a nuestro dominio? ¿Cómo podrían no ser nuestras flores? ¿Será que la rosa emplea todos sus pétalos para alejarse de nosotros? ¿Quisiera ser ella la sola rosa, la nada más que rosa? ¿Sueño de nadie bajo tantos párpados?



God save the queen (2011). Estilógrafo y plumón: Luis Enrique Sepúlveda.

JORGE ESQUINCA. Estudió la carrera de Ciencias de la Comunicación. Ha trabajado como editor, traductor, articulista y promotor cultural. Tiene publicados, entre otros, los siguientes libros de poesía: *Alianza de los reinos* (1988), *Paloma de otros diluvios* (1990), *El cardo en la voz* (1991) —con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes—, *Isla de las manos reunidas* (1997), *Uccello* (2005). Ha traducido libros de Pierre Reverdy, W. S. Merwin (su versión de *La rosa náutica* mereció el Premio Nacional de Traducción de Poesía); Henri Michaux, André du Bouchet, Alain Borer y Maurice de Guérin. Ha obtenido becas del Ministerio de Cultura de Francia. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.